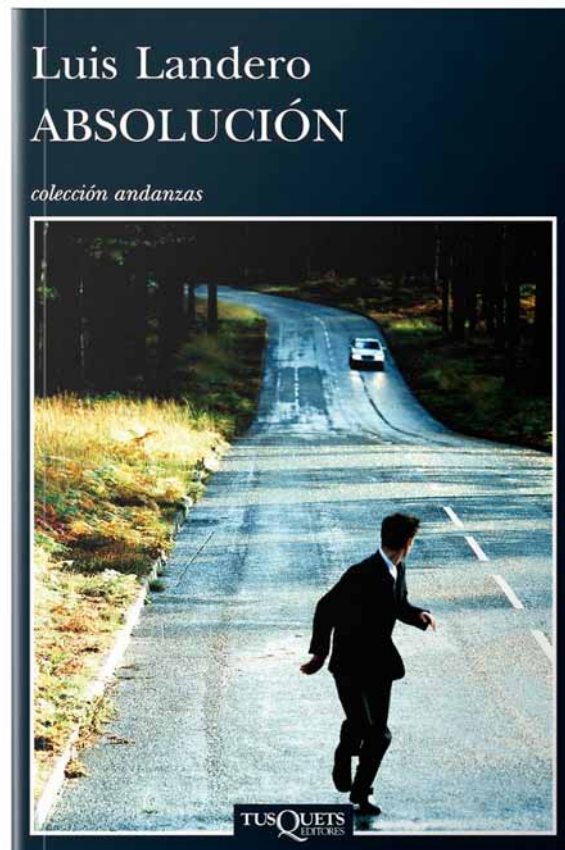


# Vuelve el mejor Landero.

Luis Beltrán Almería

Luis Landero. *Absolución*. Barcelona: Tusquets, 2012.



“ Quizá el mayor mérito de Landero sea la facilidad que tiene para conferir trascendencia al más sencillo argumento cómico.

”

*Absolución* es una comedia. Dos argumentos pueden sostener esa afirmación. El primero tiene que ver con el personaje sobre el que gira la novela: Lino. El segundo tiene que ver con el tipo de argumento: un caso. Trataré de explicarlos.

Las novelas de Landero se construyen siempre sobre el personaje. Todo gira en torno a una figura que suele presentar variaciones acerca del arquetipo moderno del *hombre inútil*. Los inútiles de Landero suelen ser soñadores, aprendices, fracasados, frustrados o como en la penúltima novela inmaduros. En *Absolución* Lino es, sobre todo, un fugitivo. No tiene motivos para huir pero huye

de todo y de todos. En la primera secuencia de la novela vemos que el mundo no es un buen lugar para vivir y que, en consecuencia, Lino no puede escapar a “la tentación... de convertir la vida en una fuga interminable, como ciertos héroes del cine con los que tanto se identificaba y que parecían condenados a vagar por el mundo como almas en pena” (págs. 16 y 17). La fuga suele ser un motivo cómico. Esto lo sabemos al menos desde que Petronio nos legara a la pareja de fugitivos Gitón y Encolpio, de los que sabemos de quiénes huyen pero no por qué, en su *Satiricón*. La comicidad de las fugas suele apoyarse también en los casos.

La obra de Petronio está repleta de casos. Y *Absolución* es un caso. El caso es un género del discurso oral que sobrevive en la literatura como elemento cómico y como fundamento de cierto tipo de novela cómica. El *Lazarillo* es un caso. La última huida de Lino la víspera de su boda con la mujer ideal, al fin encontrada, está motivada por un crimen accidental. En el caso siempre se da una ruptura del orden (crimen, robo, escándalo...) y un juicio. En esta ocasión el elemento judicial está condensado en la conversación final entre Lino y el señor Levín, un personaje superior, típico de las novelas de educación y aquí capaz de leer el pensamiento de Lino, que absolverá a Lino y le ofrece un premio a modo de salvación.

No debe entenderse la afirmación de que una novela es una comedia como una declaración de intrascendencia. Quizá el mayor mérito de Landero sea la facilidad que tiene para conferir trascendencia al más sencillo argumento cómico. De toda la obra de Landero llama la atención su distancia del costumbrismo. Incluso en *Absolución* tienen importancia tres elementos que podríamos llamar costumbristas por su realismo y su dimensión grotesca: la presencia del escándalo de la colza, un episodio de envenenamiento masivo que tuvo lugar en Madrid en los años ochenta del siglo pasado; la aparición del grupo Pascual, un complejo empresarial del ramo de la alimentación, puntero en España; y, por último, el destacado papel jugado por una tapa típica de los bares más populares españoles: el huevo duro con escabeche y mayonesa. Son tres elementos grotescos. El envenenamiento por el aceite de colza desnaturalizado dejó una plaga de lisiados e inválidos (y de muertes). El grupo Pascual representa la modernidad en el ramo de la alimentación y la tapa de huevo duro, lo contrario: la pervivencia de lo cutre. Son tres momentos

de una serie grotesca, en la que la alimentación da lugar a fenómenos encontrados: la degradación, la excelencia comercial y la ordinaria e inofensiva cotidianidad. Pero esos tres momentos reales e históricos se enmarcan en un universo español e, incluso, madrileño actual pero por completo atípico. Lino no representa a nadie. Pero su tendencia irredenta a la fuga representa un fenómeno universal: el repudio de un mundo que dista mucho de ser el lugar ideal para vivir o quizá simplemente vivible. Ese repudio al mundo moderno no es un sentimiento común a centenares, sino a miles de millones de personas y marca el espíritu disconforme de nuestro tiempo.

“ En estos discursos y reflexiones se aprecia la trascendencia de una mirada que es capaz de ver en lo cotidiano y fugaz el drama del espíritu moderno. ”

La publicación de *Juegos de la edad tardía*, hace ahora 23 años, vino acompañada de un buen número de reseñas y comentarios que apuntaban el quijotismo de la novela. El argumento quijotista se basaba en que el eje del relato eran las conversaciones entre dos tontos, uno soñador y el otro mitificador, y, quizá también, en el sesgo reflexivo del discurso narrativo. El autor parecía no reconocerse en esa comparación, pero tampoco la rechaza de plano, dado el reconocimiento que conllevaba. A quien esto escribe le parecía un simple disparate. Pero he aquí que esta novela le sugiere un argumento nuevo, según el cual no irían tan desencaminados aquellos críticos. No hay quijotismo en *Absolución*. Pero un lector atento sí que puede encontrar ciertos paralelismos con el

*Persiles*, la postrera obra cervantina. Ambas novelas comparten los siguientes aspectos: se fundan en un argumento consabido y puede decirse que banal; en las dos ese argumento se basa en el amor; en ambas el viaje (la fuga) constituye un símbolo esencial (Lino es calificado más de una vez de “peregrino” como Periandro y Auristela); esos viajes transcurren hacia el norte y por el mundo conocido; y, lo que es mucho más importante, ambas están llenas de géneros orales –sentencias, acertijos, anécdotas, digresiones, discursos...– y reflexiones del narrador que conforman la dimensión central de la novela. En estos discursos y reflexiones se aprecia la trascendencia de una mirada que es capaz de ver en lo cotidiano y fugaz el drama del espíritu moderno. Ocurre además que esa trascendencia viaja incorporada en una serie de símbolos y de escenas ridículas (grotescas prefiere decir la crítica actual). En el caso cervantino, la crítica de nuestra época no suele percibir la risa y ha deformado los símbolos, sobre todo en una lectura conservadora y contrarreformista (el aspecto religioso es el más realzado; en la novela de Landero, también existe ese aspecto en la forma de un plan providencial, aunque nadie podrá decir que eso tenga nada que ver con el catolicismo). En el caso de Landero, la crítica está todavía en un estadio incipiente y son más patentes las inseguridades que las certezas. Pero ambas obras se retroiluminan mutuamente y nos ayudan a comprender alguno de los recovecos de la gran novela.